



EL PASADO

—Mira, ese es tu padre.

D. Jorge volvió la cabeza con maliciosa curiosidad. Una mujer, la que había hablado, apuntábale con el dedo. Junto a ella, un niño fijaba en el caballero la ingenua mirada de sus ojos azules.

Sorprendida en aquella actitud, la mujer bajó rápidamente la mano, y con azoramiento se inclinó hacia el niño, arreglándole la gorrita.

Levemente inquieto, D. Jorge enlazó el brazo de su hija, sujeta por el encanto de un escarapate, y atrayéndola, la invitó:

—Vamos, Concha.

Continuaron. A poco, se volvió él a mirar. Detrás, muy cerca, seguían la mujer y el niño.

Tal vez fuese casualidad. Para sustraerse á ella, tomó por una calle poco frecuentada, con pretexto de ver unos libros.

Parado ante las vitrinas, mientras leía los deslucidos tejuelos, observó con disimulo. La mujer y el niño, al borde de la acera, esperaban.

La inquietud del caballero creció, tendió á concretarse. ¿Quién sería aquella mujer? Se fijó en ella. La cabeza, rebu-

jada en un manto, apenas si entre su sombra podían vislumbrarse unas pálidas facciones ajadas. La estatura, regular. El cuerpo se desvanecía bajo una larga capa vieja y parduzca. Filomena acaso. . . . Tal vez Elvira. . . . O Teodora. . . . La vida de D. Jorge no se hallaba limpia de pecado.

El niño, de frente al caballero, siempre fija en él la mirada ingenua, parecía tener unos ocho años. Buceó este en su historia. . . . Ocho años. . . . Debía ser Elvira. Fué por el noventa y tantos. Justo, el noventa y cinco. Pero entonces, el niño tendría ya diez años, cerca de once. Quizás los tuviera. Los chicos pobres crecen tan desmedrados. . . .

Era rubio, de ojos azules, de rizosa guedeja ambarina, que acariciaba las mejillas anémicas; el cuello, endeble. A D. Jorge le recordó un retrato suyo de niño. Un retrato en que estaba vestido de marinero, gallardamente apollado en una barca. De su corazón emlandecido subió á sus ojos una ráfaga de ternura.

—Papá, ¿no volvemos?—preguntó impaciente la hija.

Volvieron. Pasaron junto á la pareja

inquietante, que seguía esperando. Don Jorge sintió la mirada del niño fija en él.

Se irguió adusto. Era alto y cenceño. Su largo bigote áureo, entreverado de canas, se rizaba agresivo sobre sus mejillas enjutas, rozando la nariz fina. Sus ojos se cerraban con un «tic» nervioso. La hija, también alta, más gruesa, más tranquila, tenía blanco y transparente el cutis, zarcos los ojos, la nariz un poco chafada, como las de las antiguas estatuas sepulcrales.

Seguía el caballero preocupado, absorto. El recuerdo de aquella Elvira se precisaba. Era telefonista y romántica. No ignoraba que estuviera casado, aunque él, previsor, nunca la dió su verdadero nombre. Pero sí la enteró de aquel lazo, antes de la seducción, para evitarla engañosas ilusiones. A veces, en sus presentimientos de abandono, le hablaba ella de matarse. El se reía, tomándolo á gorja. Mas luego, cuando sobrevinieron complicaciones y la huida se impuso, durante algunos días, en el boulevard donostiarra, á la hora del «vermouth,» el traidor galán abría con temor los periódicos, y, un poco estremecido, buscaba la crónica de sucesos. Felizmente, el romanticismo de la telefonista no era de acción.

Al retornar á la corte, bien entrado el otoño, ni se acordaba de su aventura. Nada, después, había encendido en su corazón el recuerdo.

Cruzaron una calle. Súbito un coche se le echó encima. Y en el forzado retroceso, D. Jorge casi atropelló á la mujer y al niño que le seguían, silenciosos y pertinaces.

Arribaban á la Puerta del Sol. Era un plácido anochecer invernal. Las gentes, que volvían de los paseos, tibio el espíritu por la caricia del sol, sentían la repulsión de sus hogares sombríos, solitarios, y con paso perezoso retardaban el regreso. Vibraban las calles jubilosas. Fulgían los escarapates; pregonaban los vendedores; tim-

breaban rudos los tranvías. Las muchachas lanzaban ojeadas propicias á sus cortejos. Sátiros barbudos perseguían doncellas equivocadas. Ante un lienzo donde se proyectaban, alternantes, anuncios y figuras grotescas, boquiabierto y regocijada agolpábase la multitud.

D. Jorge, molesto por la persecución, se hundió en el bullicio, ávido de anularse de desaparecer. Buen piloto callejero, que sacaba siempre á su hija indemne de las peligrosas sirtes, no se inquietó aquel día de mezclarla en el gentío, grosero y audaz.

Avanzaron con trabajosa lentitud. El caballero, que se había hecho propósito de no revolver la vista, ibase sintiendo más confiado y animoso. —Seguramente ya habrán desaparecido— pensaba. —Una coincidencia fortuita ha engendrado esta persecución, puramente imaginaria. ¿A que ya no están?— y D. Jorge dirigió en torno suyo una mirada triunfante. Allí, á dos pasos, se encontraban, callados, humildes.

La decepción irritó á D. Jorge. ¿Qué se proponían?

Como inadvertidamente, su hija le empujaba calle abajo, camino de la casa, donde su novio estaría al llegar. El padre se dió cuenta del intento. Y, relampagueante, advirtió el peligro. Su domicilio era lo que querían averiguar. Luego vendría el escándalo. Aquella mujer contaría, diría. . . . Tal vez retuviese alguna carta.

Y su hogar apacible, por el que jamás cruzara una sospecha, el hogar donde, merced á esfuerzos de prudencia y sigilo, se había ido preparando una noble y reposada vejez, se le apareció perturbado, deshecho. Crudas cuestiones con su mujer. Miradas recelosas de sus hijos. . . . Extraño en su casa.

Torció el rumbo. La niña le suplicó cariñosa:

—Papá, Enrique estará en casa esperando.

—No. Le encontré esta mañana y me dijo que hoy no podría ir. Se me olvidó avisártelo. Acaso por aquí le encontremos.

Mentía. Pero ni pensó en la disculpa. Iluminadas por el miedo, dispersas, fragmentarias, pasaban por su imaginación historias de amigos, de parientes perseguidos por antiguas amantes. Una mujer dispuesta á todo, es de temer.

Andaba muy de prisa. Su hija, extrañada, seguía con trabajo. De pronto dió media vuelta y entró en un bazar. Lo atravesó corriendo casi. Salió por la otra puerta y tornó á sumergirse en la ola bullente del gentío. Miró alrededor, receloso. No se atisbaba la inquietante pareja.

Un poco más tranquilo, se puso á charlar con su hija. Y empezaba á contarla chistosamente el por qué de aquellos paseos misteriosos, cuando se les encaró un señor con gafas.

—¿Qué tal? ¿Cómo va?

Se pararon un momento. Entre el revuelo de la multitud, advirtió D. Jorge los azules ojos del niño.

¿Con que no había remedio? . . . ¿Por qué no estaría solo? Iriase á un casino, allí cenaría, dormiría si era preciso. . . . Pero con su hija. . . .

Si tomaran un coche. . . . No pasaba ninguno. Luego, á aquellas horas, ¿dónde ir? Sólo á casa. Y ellos le seguirían. Tomarían otro. Correrían detrás. —Los coches van tan despacio.— Se montaría el chico en la trasera.

El encuentro con el señor de las gafas le sugirió mejor idea. —Una visita.— Precisamente en aquella calle vivían las de Rebollar.

Se lo propuso á su hija. La niña que, llena de ilusión, se desojaba buscando á su novio, torció el gesto. Metida en una casa no era fácil encontrarlo.

Pero, obediente, asintió. Siempre escoltados, siguieron hasta la casa. Subieron.

—Los señoritos no están. Si quieren ustedes pasar y esperarlos. . . . No tardarán.

—Si, entraremos un momento. Estoy cansado.

Pasó un cuarto de hora, veinte minutos. No podían decorosamente esperar más.

Ya en el recibimiento, la puerta franca, D. Jorge hizo preguntas, dió encargos. Su hija, en el rellano de la escalera, esperaba nerviosa. Rápida, á saltos, bajó. El caballero, con gran lentitud. Mal de su grado, llegó al portal. La mirada ingenua del niño, parado en frente, se cruzó con la suya.

Desesperado, sintió un brutal impulso de precipitarse sobre los dos, sobre la madre y sobre el hijo, y golpearlos hasta que se rindieran en el suelo, impotentes para seguirle. Pensó llamar un guardia, hacerlos detener. Y ¿con qué pretexto? Ellos iban por su camino, tranquilos, silenciosos.

Un automóvil pasaba crepitante. Don Jorge pensó en la posibilidad de un atropello. Ocurren tantos. Cruzó de una acera á otra, de ésta á aquélla. Se metió por los sitios de más peligro. Si de repente oyera un grito angustioso. . . Ciego por su preocupación, estuvo á punto de ser atropellado.

Consiguió sólo que sus perseguidores, conociéndole la intención, se pegaran á él. D. Jorge lo notó. Y empezó á pensar, como mecánicamente.

—Van á pararme y á hablarme.

Oyó musitar á su lado una voz femenina.

—Ya está aquí —se dijo.— No la oía bien. Hablaba muy bajo. Y la angustia le atarazaba la garganta, le golpeaba las sienes, le entorpecía los sentidos. Empezaron á castañetearle los dientes.— Ahora subirá la voz. Me presentará al niño. Provocará un escándalo. Se enterará mi hija.— Seguía el murmullo.

—Dios la socorra, hermana.

Las palabras de la niña, claras, distin-

tas, luminosas, cayeron sobre su corazón como un alivio.

Mas presto volvió á ganarle la angustia. —Aquella vez había sido una mendiga. Luego serían los otros.— Sin mirarlos, los sentía detrás, pegados á él. Hasta se le figuró que el muchacho debía ir agarrado á su abrigo.

Entonces fué una necesidad loca de huir. Habría salido por una de las calles desiertas, corriendo como un ladrón.

Escapar aquel día. Que su hija no se enterase. Después ya se las bandearía solo.

Pasaban frente á una pastelería.

—Entra —invitó á la niña.— Te convidó.

Al avanzar por entre las mesas, alguien se quitó el sombrero. El correspondió, sin saber, á quién saludaba. Se sentaron. Trajeron pasteles. Mordió uno. Masticó sin poder tragar el bocado. —Pegados al cristal del escaparate, los ojos azules le sonreían.— Se puso de pie.

—Voy ahí fuera. Un momento.

La hija, encendida por las insistentes miradas de los hombres, suplicó:

—No tardes.

—En seguida vuelvo.

Salió y tomó de prisa por una callejuela; avanzó hasta la mitad. Súbito se volvió,

enfrentándose con los otros, que le seguían casi corriendo.

—¿Qué quieren ustedes? ¿A qué me siguen?

Lo dijo tan iracundo, que la mujer, atemorizada, retrocedió.

—Aquí tiene —añadió, sacando un billete de la cartera.— Pero váyanse pronto, váyanse. . . . Su voz tremaba, violenta y nerviosa.

La mujer agarró el billete y escapó, arrastrando al niño. El caballero los vió alejarse, doblar la esquina, perderse. . . .

* * *

Un hombre, embozado en una capa con vueltas rojas, el sombrero derribado sobre la sien izquierda, se acercó á la mujer que huía. Protegidos por la sombra dialogaron rápidos. Ella le entregó un billete. Era de diez duros. Por enfrente, á plena luz, lentos, majestuosos, avanzaban un caballero de patillas rubias y una señora, elegante y vistosa, que se colgaba de su brazo. El hombre de los embozos grana se los mostró á la mujer. Contestó ésta:

—No. Basta por hoy.

El niño contemplaba al caballero de las patillas con sus azules ojos ingenuos.

RAFAEL LEIDA.



J. RVELAS-1901



PAJAROS DE LAS ISLAS.....

Pájaros de las islas, en vuestra concurrencia
 Hay una voluntad,
 Hay un arte secreto y una divina ciencia,
 Gracia de eternidad.

Vuestras evoluciones, academia expresiva,
 Signos sobre el azur,
 Riegan á Oriente ensueño, á Occidente ansia viva,
 Paz á Norte y á Sur.

La gloria de las rosas y el candor de los lises
 A vuestros ojos son,
 Y á vuestras alas líricas son las brisas de Ulises,
 Los vientos de Jasón.

Almas dulces y herméticas que al eterno problema
 Sois en cifra veloz

Lo mismo que la roca, el huracán, la gema,
 El iris y la voz;

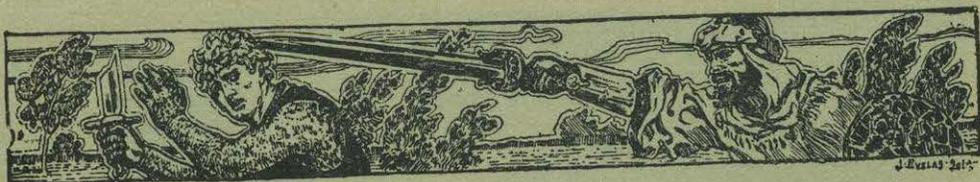
Pájaros de las islas, ¡oh pájaros marinos!
 Vuestros revuelos, con
 Ser dicha de mis ojos, son problemas divinos
 De mi meditación.

Y con las alas puras de mi deseo abiertas
 Hacia la inmensidad,
 Imito vuestros giros en busca de las puertas
 De la única Verdad!

RUBÉN DARÍO.

De «Renacimiento.»





HORA DE PRIMAVERA

Conocí un filósofo cristiano, poeta místico y músico religioso, que se llamaba Elías San José.

Sus ojos azules y humildes parecían perpetuamente encantados en un éxtasis seráfico; su palabra brotaba de sus labios exangües, ungida de mansedumbre y de fervor, y su mano pálida y señorial alzabase solemne y apostólica como para predicar la Buena Nueva. Su calva de santo, ancha y brillante, y las guedejas grises que le caían sobre los hombros, le daban un aspecto ascético que acordaba muy bien con su interior y con el ejercicio de sus días bienaventurados.

A las primeras horas de la mañana se encaminaba lentamente á un cercano convento de Mercedarias. Contemplaba á largos espacios los lienzos borrosos que representaban pasajes evangélicos á los sombríos arcones vetustos de la pequeña sacristía. Su espíritu gozaba de una dulce serenidad en aquel ambiente lleno de paz y de incienso, y el alma antigua de las cosas le hablaba dulcemente de otras vidas lejanas, santas y prodigiosas, florecidas de milagros y de martirios, como narraciones de santoral. Después, sus dedos largos y marfilinos arrancaban del teclado de un viejo harmonio las fugaces melodías de los motetes ó las resonancias amplias y profundas del canto gregoriano.

Durante las demás horas leía á San Agustín ó glosaba las tiernas estancias de San Juan de la Cruz ó las de la celeste Teresa de Avila. Y á las veces componía poemas originales ó se perdía en abstrusas y eruditas lucubraciones filosóficas.

Era sobrio en el yantar, compuesto por completo de vegetales, y era agua clara su única bebida. Todo lo demás era gula, y criminosos extravíos por donde el Enemigo llegaba al corazón, gustos del cuerpo y flaquezas de la voluntad. Dormía en un pequeño y limpio mechinal que le tenía alquilado una viuda muy guardadora de su decoro y algo beata, aunque pomposa de figura, cariciosa en el hablar é insinuante de líneas como una tentación.

La vida era para nuestro filósofo y poeta místico, sólo un lugar de tránsito, y su espíritu soñador de emociones de eternidad, se aferraba á una religión, cuyo momento inicial es el infinito de la muerte. Y pasaba por el triunfo de la vida, desdenando sus amores fecundos, bajo la gloria del sol como un triste sonámbulo desterrado de una anhelada muy distante.

Allá en su juventud gris y melancólica, el amor había llamado á su puerta con el hechizo de su voz juvenil y perfumada. Locuelas cabecitas rizosas, palabras mimosas y encendidas, figuras radiantes y seducto-

ras, toda la inefable fascinación de la carne joven y femenina llamó á su corazón sensible á la belleza y al sentimiento, en su ambular por la funambulesca zarabanda de la vida; y aunque sintiera una dulce inquietud y una amable atracción, se fortaleció en su voluntad férrea y glacial, y resistió el impetu de la bestia que vive en nuestros sentidos con la energía heroica del santo en el desierto.

—El amor mundano —se decía— es un engaño burdo de la materia para la conservación de la especie.

Y para mayor fortaleza, serenidad y salud de su ánimo, recitábase «in menti,» las prosas de profunda y edificante sapiencia del muy alto poeta y prócer, el Sr. D. Juan Alvarez Gato, y que escritas están en su propio sepulcro:

Procuremos buenos fines,
que las vidas más loadas
por los cabos son juzgadas.
Aparéjate á querer
bien morir,
que el morir será nacer
para vivir.

Y así toda la vida de Elías San José, filósofo cristiano y músico litúrgico, era una preparación para la muerte.

Y he aquí que una noche que, asomado á la ventana de su pequeño mechinal, meditaba sobre la intervención del demonio en los autos sacramentales y en los viejos misterios del siglo XV, resonó en sus oídos una explosión de besos frescos, sonoros, definitivos y un argentino desgranar de risas juveniles.

Nuestro filósofo monástico se caló su sombrero puntiagudo y se lanzó á la calle rondándole el alma una vaga y misteriosa inquietud.

La primavera nacía aquella tarde. El ambiente estaba lleno de tibias y galantes insinuaciones, y el cielo tenía una suntuosa decoración de luminarias. Una multitud vestida de fiesta, vagaba por las calles llenas de luces y de armonías; volaban risas alegres y frases musicales y dulces como ver-

ros. Las mujeres pasaban victoriosas, con la pompa de su juventud y de su belleza, vestidas de colores claros y vaporosos. En la noche galana ardía un triunfo de ojos como llamas, flores de labio en fiebre, sentimentales ojeras de ardientia y palpitantes cuellos desnudos, y flotante sobre todas las cosas una intensa fragancia de carne femenina.

Elías sintióse aturdido en aquella balumba y se perdió por las calles extraviadas. La visión de la ciudad en fiesta, cuajada de reales hembras, le había conturbado seriamente y sentía en sus venas como un vino generoso y saltarin que le distraía de sus divagaciones eruditas. Al llegar á una plazuela, oyó una música calina y sensual que salía de un baile público. Apresuró el paso, pero al llegar ante la puerta, un grupo alocado de muchachas que salían cantando y riendo, cayó sobre el estupefacto poeta místico.

—Es singular. Parece que esta noche andan sueltos y en forma humana, todos los Pecados Capitales.

Llegó á un jardín público y se sentó en un banco solitario buscando reposo para las recientes turbulencias de su espíritu. Inútilmente quiso encaminar á su imaginación por el derrotero de las especulaciones filosóficas; le inquietaban constantemente las parejas de enamorados que se perdían enlazados en el misterio de las frondas. A su lado, una fuente borbollaba sus cristales sonoros sobre la taza de piedra, y sus gárgolas fingían risas vibrantes y chasquidos de besos. Un coro de niñas cantaba ingenuamente un viejo romance, donde latía un infinito anhelo de amor:

¡Dónde vas, amor mío,
que yo no vaya!

No pudo resistir más. Empezó enloquecida carrera, flotantes sobre la espalda sus grises guedejas, mientras la luna iluminaba su calva de santo, ancha y reluciente. Se sentía poseído de una borrachera inexplicable; le parecía que los astros tejían una

extraña danza voluptuosa; que los árboles se besaban sonoramente á su paso; que el cielo, las flores, las mujeres, el rumor de las fuentes y de las frondas se habían conjurado contra él y le embriagaban con un vino delirante, aromado de vida y encendido de sensualidad.

La viuda, como de costumbre, aguardaba la llegada de su huésped, medio tendida en un sofá, mal velado el busto pomposo por los encajes del corpiño.

Elías llegó jadeante, loco, lanzó el sombrero lejos de sí, y precipitándose á los pies de su patrona y besando frenéticamente su mano blanca, gordezuela, de suaves y ten-

tadores hoyuelos, exclamó entre convulsos suspiros y sollozos de felicidad:

—¡Amada de mi corazón, tus ojos son brillantes como estrellas y hieren como puñales! ¡Tus senos son dos cordilleros gemelos, y tu boca es más dulce que la miel de las colmenas! ¡Tu carne es blanca como la leche y perfumada como la mirra! ¡Amame, estrella y flor, fontana de la vida!

Su palabra ardía y vibraba de sentimiento. Todo su sér tremaba en una palpitación de siembra, y en su rostro transfigurado ardía el regocijo de una luminosa revelación.

EMILIO CARRERE.



PARA UN BIOMBO

En verdoso cauce oscuro
Por el musgo y por el limo,
Corre y brinca el agua diáfana
Como vidrio derretido,
Macilentas hojas flavas,
De los sauces pensativos
Arrebata, y tal parecen
Moribundos pecesitos.
En los tules erizados,
Como alambre de cepillos,
Es el agua en las agujas
De esos tules, como lino
Que se carda lentamente,
Como seda, como un hilo
Que al escurrir se enmaraña
Por doquiera sacudido.
Se revienta, y á la postre
Deja un haz en cada pico.
En las peñas barnizadas
Forma hirvientes remolinos:
Se separan las burbujas
Como en busca de un arrimo,
Y en la sombra de un volado
Tronco negro de un encino,
Tal parecen de unos sapos

Colosales, ojos vítreos.
En las trémulas guirnaldas
De un bejuco florecido,
Que los céfiros columpian,
Un gorrión desata un trino.
Su reflejo tembloroso,
Cae á plomo, en un continuo
Rehilete, que hace un beso
De dos ondas entre un lirio,
Y se antoja, palpitando,
Que se ahoga el gorrióncito.
Vuelan pétalos de rosas,
De azaleas y jacintos,
Remedando mariposas
Que descienden hasta el líquido.
Verdaderas mariposas
Se levantan al unísono,
Como pétalos de rosas,
De azaleas y jacintos
Que retornan á sus cálices,
Imprimiendo sutilísimo
Temblor en las limpias aguas
Al levantarse del líquido.

ABEL C. SALAZAR.



ELEGÍA

A la mitad del invierno, en aquel bosque levantino, corrían todas las fuentes, florecían unos almendros y —en su ansia de tierras abrigadas, las amorosas para el rebaño— acampaban unos borregueros de unas roqueadas de Aragón y Castilla, unos pastores que van siempre peregrinando detrás del sol. Entonces el bosque parecía poético más que nunca, con el ingenuo y robusto regocijo de los regatos y con la alegría virginal de las flores de almendro, y porque la caravana pastoril encendía en medio de muchos pinos, hogueras de llama transparente y de humo azul y oloroso, y copleaba en una melancólica voz ó con su áspero gañote y sus gordas y duras manos tañía con gran suavidad y dulzura una agreste flauta de caña. Tenía, además, el bosque en invierno, quería decir el poema del bosque en invierno, un canto heroico entre los acostumbrados idilios: tenía lobos, y de noche, la gente rústica los perseguía con gayatas, con escopetas y con galgos y mastines; y mientras el ganado, lleno de miedo, se replegaba en el corral, se apretujaba en silencio formando una piña, los hombres, como los perros, aullaban, saltaban en saltos inverosímiles las mulas del hato; el eco se despertaba de pronto sorprendido y se afana-

ba rebotando por las quebras; se espantaban los pajaracos nocturnos y se volaban á la luna; el lobo, al huir, desgajaba los árboles, los árboles se quejaban en un grito seco y enmudecían desvanecidos por el dolor. . . .

Entonces, pues, que el bosque vivía con intensidad y pintorescamente, y que más daba de vivir, lo segaron, matáronlo: se hizo eso que llaman una corta.

Llegó un señor de la ciudad y con un cordel fué ciñendo los pinos, y á los que se ajustaba el cinturón, y á los que no les bastaba, los marcó con sendas cruces de cal. Después los aserraron, que ni siquiera hubo la gallardía, el encanto de un leñador con su hacha, ¡ah de los «desbravadores de selvas!» Arrebataba los árboles el señor de la ciudad igual que, á su tiempo, arrebatan á los mozos para el cuartel. Y no le valió al secular y mayor de los pinos su aspecto de rey Lear, ni su gentileza á varios que formaban en un llamado una columnata, con que fingían al crepúsculo un templo griego. No se perdonó á ninguno.

Al último, la montaña —ya se llevaron el bosque unos carros de bueyes— quedó desnuda en sus almendros, en unas encinas manchadas de líquenes y en unos pi-

nitos débiles y delgados como juncos, los pinos huérfanos. Emigró el averío á las huertas. Siguiéron á las avecillas los pastores, y á los pastores los lobos, y en adelante ninguna velada del pueblo acabó en paz, que en las referidas cacerías ahora el lobo huía pegándose á las casas. Como un pinazo aplastara al caer una madriguera de conejos, también los conejos se escaparon del monte, y hasta los lagartos: los lagartos salían de su grieta, pasaban á un zarzal, se detenían recelosos; en esto se oía á los aserradores; los lagartos precipitadamente ganaban un segundo zarzal, y así avanzando tocaban á lo mejor en las regaladas huertas, ¡oh felicidad! Y es que los serradores arrancaban la cola á los lagartos para divertirse con su misterioso contorcerse. En fin, los arroyos se enturbiaban y se desbordaban al choque de los gigantes tronchados que deshacían en su porrazo el blando margen; y al entrar en los remansos las ondas turbias, enloquecían los renacuajos y los tejedores, y ya nadie alababa las fontanas del camino. . . . Arruinaban la montaña: á la larga, luego de muertas unas culebras que descubrió un gañán en lo más fragoso, sólo persistía de su esplendor un águila cerniéndose con desdén sobre el picacho que llaman «la quijada de la bruja.»

Pero luchaban por apagar ese rescoldo de grandezas. No descansaba el señor de la ciudad de disparar, aunque en balde, una carabina contra «la quijada de la bruja.» Así le arribó el día de partir del solar del bosque, y por la mañana, aún voluptuosa, navegaba el águila en el azul: á la tarde, y cabalmente cuando el señor cogía las riendas de la yegua en que mar-

chábase, un guarda le trajo el ave de pro sapia, toda ensangrentada y malherida. Complaciente como una celestina el guarda:

—«Nostramo —dijo— ¡tomila usté! ¡Ja, que sa creya la mu! ¡Ja!»

El «nostramo» aceptó el águila con ruidosos extremos de contento, y no accedió á devolvérsela al cazador, que se proponía rematarla de un mazazo ó de un tiro.»

—La destrozará —replicaba el señor, y pidió á su casera una «barrena, un punzón, cualquier hierro agudo.» Sacó la huésped una aguja de coser alpargatas, empuñó el caballero la aguja, antes sujetara el águila y le soplara en el cuello para aclarar su plumón, y al cabo —aquí se suspendieron los circunstantes y el paisaje en un momento de sonoridad callada— le hundió el acero en los sesos, por bajo del cráneo; el águila rechinó un lamento sor-do, empequeñeció y violentó las pupilas, desmayóse. . . . Exclamó el «nostramo» rompiendo á respirar fuerte:

—¡Bravo! la disecaremos y un recuerdo de la serranía!

Y extendió el ave en una manta de madroños, sobre el pecho de la yegua, y espoleó la yegua que comenzó á andar por un empinado sendero, resbalando en las piedras, impulsándolas á rodar, y las piedras, sin la red de la espesura, descendían como legión de venganza, en cascada invasora.

. . . Padre Fauno, padre Silvano, padre y dios Pan: ¡que una á una caigan las piedras en el corazón! —y lo martiricen y lo desgarran —de los aserradores de aquel bosque levantino, en el corazón del aserrador, del profanador de un bosque!

F. GARCIA-SANCHIZ.